

rios crecían a pesar de su persecución por Enrique II (1), penetraba como afilado acero en la antigua Francia, con su doctrina principal de la predestinación y de la desapiadada división de elegidos y réprobos (2). Fuera de esto, se puso en las más estrechas relaciones con la oposición política.

En tiempo del sucesor de Enrique II, el débil de cuerpo y espíritu *Francisco II*, de sólo dieciséis años de edad, el gobierno vino a manos de los Guisas, entre los cuales descollaban el aguerrido e intrépido Francisco y su hermano el político cardenal de Lorena. El cardenal Carlos de Guisa, este varón de grandes dotes, que había recibido la púrpura ya a los veintitrés años, tenía muchas cualidades excelentes, pero también grandes defectos. Siendo el más joven de los cardenales franceses, avergonzaba a los demás con su vida severamente eclesiástica. En su diócesis de Reims, cuidaba ante todo de la formación de un clero apto. Su grave y autorizada presencia, su conocimiento de varios idiomas y su elocuencia excitaban general admiración; pero en cambio los contemporáneos censuraban su desmedida ambición y su índole interesada, codiciosa y dominante (3). Los Guisas conocían que todos los sentimientos revolucionarios del pueblo tenían su causa principal en las novedades religiosas (4). Por eso procuraron tenerlas a raya con el mismo rigor que el difunto monarca. Esto creó a la familia tantos enemigos, como el poder sin límites que el rey les concedía, y la falta de miramiento con que los Guisas usaban de él. Hacía poco tiempo naturalizados en Francia, eran allí considerados como extranjeros, lo cual acrecentaba el número de sus adversarios. Todos estos

(1) V. nuestros datos del vol. XIV, 280.

(2) V. Marcks en la Revista Histórica, LXII, 43.

(3) V. G. Michiel en Albèri, I, 3, 440 s. Cf. Gratianus, De bello, 303; Ranke, Historia de Francia, I^a, 194 s. A Bonillé (Hist. des ducs de Guise, París, 1849), Fornerón (I, 86 s.) y Guillemain (Le card. de Lorraine, París, 1847), les falta demasiado la crítica en sus datos. Soldán (I, 215) observa que se han de utilizar con cautela tanto los escritos protestantes llenos de parcialidad, como los panegíricos de los coetáneos y posteriores; pero él mismo no se ha atenido bastante a esta regla. Todavía más se ha de decir esto de Philippson (Europa occidental, II, 97), quien presenta al cardenal como un hipócrita, «¡que en el fondo era enteramente incrédulo!» Es muy de desear una pronta biografía del cardenal, de índole muy varia y difícil de conocer, que corresponda al actual estado de la investigación. Para ello ofrecerá una base la publicación, preparada por H. Moysset, de las Lettres et Papiers d'État du card. Ch. de Lorraine.

(4) Juicio de Voss, Negociaciones, 20.

descontentos, dice el embajador veneciano Soriano, se juntaron con los hugonotes, como se llamaba entonces en Francia a los calvinistas, para alcanzar sus fines particulares bajo capa de religión (1). Entre los descontentos se contaban, fuera de numerosos nobles, los príncipes de sangre real, a quienes, según las antiguas ideas francesas, correspondía el primer lugar en el Consejo de un rey de menor edad, y que ahora se veían pospuestos y preteridos. No pocos de estos grandes hacían profesión abiertamente y sin rebozo de la herejía calvinista, otros por lo menos mostraban a ella gran inclinación.

De los príncipes de la rama lateral de los Borbones, sólo permaneció fiel a la Iglesia Carlos de Borbón, adornado con la púrpura por Paulo III. Su hermano mayor Antonio de Vendome, por su esposa Juana de Albret, rey titular de Navarra, pero de hecho en posesión solamente de Bearne y la Baja Navarra, era un carácter que se dejaba guiar por los que le rodeaban. Como su esposa era ardiente secuaz de los hugonotes, este partido confiaba que el de Bearne le prestaría su ayuda. Enteramente seguros estaban los calvinistas de su hermano Luis de Condé. Este príncipe, tan ambicioso como astuto, era a pesar de sus desórdenes y su frivolidad, hombre de energía y resolución. Como personaje todavía más importante hay que designar al almirante Gaspar de Coligny, el cual por su conducta severa estaba en notable oposición con Condé, pero en la cuestión religiosa concordaba enteramente con él.

La oposición así política como religiosa, que atribuía todos los males del Estado francés a los católicos Guisas, fraguó en la primavera de 1560 la conjuración de Amboise: los Guisas tenían que ser derribados, el rey secuestrado, Condé puesto al frente del gobierno, y así se había de establecer el dominio del calvinismo. Quien dirigió ocultamente la conjuración, cuyas ramificaciones llegaban hasta Inglaterra y Alemania, fué Condé (2). Los calvinistas la justificaban como una necesidad política (3). Sin embargo el proyecto fué descubierto y muchos de los que en él tuvieron parte, ejecutados. Pero con todo no dejó de producir su efecto. En la actitud hasta entonces firme de los Guisas sobrevino una vacilación; consintieron en que fuese llamado para canciller Miguel

(1) M. Soriano en Albèri, I, 4, 131; cf. *ibid.*, 155.

(2) V. Ruble, II, 140 s.; Marcks, Coligny, 362.

(3) V. Platzhoff, Teoría, 50.

de L'Hôpital, adalid de los llamados católicos políticos, que andaban tras la fantasma de una concordia (30 de julio de 1560), e hicieron también otras concesiones, que fueron interpretadas por los adversarios como miedo y en este sentido contestadas desdeñosamente (1). Así los calvinistas hasta entonces abatidos se reanimaron en sus pretensiones, y levantaron cabeza en diversos sitios. Un atento observador refería ya en el verano de 1560, escribiendo a Roma, que la herejía se difundía cada vez más en las provincias, pues se le oponía sólo pequeña resistencia. En Ruán no eran raros los combates nocturnos en las calles entre calvinistas y católicos. En Orleáns, Poitiers y otros lugares, los católicos se mostraban ya tan intimidados, que apenas se atrevían a quejarse (2).

Pío IV, intranquilo ya en mayo por el desenvolvimiento de las cosas de Francia, procuró, aunque en vano, su remedio (3), nombrando inquisidor general del reino, el 13 de junio de 1560, al cardenal Tournón, con plenos poderes para proceder contra los herejes, aun sin la intervención de los obispos competentes. Con verdadero conocimiento de que la causa principal de la escisión religiosa consistía en la relajación de los eclesiásticos, proyectó por el mismo tiempo el restablecimiento de la disciplina en el clero francés, con el nombramiento de los dos cardenales Tournón y Guisa para legados (4). Esta disposición llegó demasiado tarde. Muchos de los obispos nombrados por la corte estaban contagiados de la corrupción de la época y no eran a propósito para remediar los defectos del clero inferior. También los institutos religiosos se hallaban muy decaídos, y no estaba admitida en Francia la nueva Orden de la Compañía de Jesús, tan exuberante de vida (5). Así no puede causar maravilla que entre el clero secular, alto y bajo, y

(1) Cf. Ruble, II, 317 s.; Soldán, I, 346 s.; Ranke, Historia de Francia, I, 207; Marr, Calvino y el movimiento de resistencia en Francia, Dresde, 1902, 66. Sobre M. de L'Hôpital v. los trabajos especiales de Taillandier (París, 1861), Villemain (París, 1874), Geuer (Leipzig, 1877), Dupré-Lasale (París, 1875 y 1899), Atkinson (Londres, 1899), Ampoux (París, 1900).

(2) V. Epist. P. Broëti, 139. Cf. Desjardins, III, 419 ss.; Marcks, Coligny, 372 s.

(3) Cf. la *relación de Mula, fechada en Roma a 25 de mayo de 1560, *Archivo secreto pontificio*.

(4) V. Raynald, 1560, n. 31 s. y n. 36. Cf. Voss, Negociaciones, 62, sobre la misión del cardenal Armagnac, para impedir que cayesen en la apostasía Antonio de Navarra y su esposa y defender a Aviñón. Cf. Ruble, II, 371 s., 378; Tamizey de Larroque, Lettres du card. d'Armagnac, en la Rev. hist., 517 s.

(5) Cf. nuestros datos del vol. XIII, 198 s.; XIV, 278 s.

en los monasterios, se hallasen muchos calvinistas ocultos, los cuales se contenían de la pública apostasía sólo por respeto de sus prebendas y por el temor de las leyes penales. Hasta algunos obispos, como el de Valence, Juan de Montluc, el de Uzés, Juan de Saint-Gelais, y el de Troyes, Caraccioli, y aun el cardenal Odet de Chatillón, obispo de Beauvais, seguían la nueva doctrina. El pueblo, atestigua Juan Michiel, permanecía aún adherido con gran fidelidad a su antigua fe; las clases superiores, al contrario, singularmente la nobleza, estaban muy contagiadas de las novedades religiosas; muchos asistían todavía a la santa misa sólo por el bien parecer o por temor (1).

La situación religiosa de Francia se hizo todavía más amenazadora cuando el gobierno, con su política en favor de un concilio nacional, procedió torcidamente con la Santa Sede. Sin cuidarse de las repetidas aseveraciones de Pío IV, de que pronto se juntaría el concilio general, el gabinete francés proyectó la celebración de una asamblea especial de los prelados franceses, que se parecía mucho a un concilio nacional. Aun buenos católicos, descontentos de la larga interrupción del sínodo de Trento, favorecieron estos conatos, que eran resultado de aquel espíritu galicano que llenaba a la curia de recelo hacía ya tiempo. A pesar de todos los aseguramientos del gobierno francés, se veía en Roma en la asamblea de los prelados un concilio nacional, que podría conducir al cisma (2). Temíase del ambicioso cardenal Guisa, que pretendiese la dignidad de patriarca de Francia (3). No hemos de averiguar hasta qué punto le guiaban en esto intentos de fundar una Iglesia nacional, incompatibles con la unidad de la Iglesia universal; como quiera que sea, era extraño y peligroso que promoviera ahora un concilio nacional, al igual precisamente que el canciller de L'Hôpital, tan poco digno de confianza. El embajador de Venecia, Miguel Soriano, expresó la opinión de que Guisa con el concilio nacional sólo había querido echar tierra a los ojos de los deseosos de novedades (4). Con todo, cualesquiera que puedan haber sido los últimos fines del cardenal (5), su conducta en la cuestión del concilio

(1) V. Relazione di Francia en Albèri, I, 3, 426.

(2) Cf. vol. XV, 191 ss., 203 s.

(3) V. Döllinger, Documentos, I, 349; Susta, I, 183.

(4) V. Albèri, I, 4, 132.

(5) Ranke (Historia de Francia, I, 211) no se fía de Soriano y opina ser evidente que el cardenal «sólo de mala gana y medio forzado, se avino a la

tuvo malas consecuencias. Aunque en noviembre volvió atrás y sacrificó el concilio nacional, sin embargo, su política había reanimado de tal suerte las esperanzas de los hugonotes, que maltrataron a los católicos y los echaron de sus iglesias en los lugares en que se sintieron más fuertes (1). Ya entonces amenazaron también a Aviñón. Condé tramó después una nueva conjuración para derribar a los Guisas; pero fué asimismo descubierta y condujo a la prisión y condena del príncipe. Su ejecución era inminente, cuando la muerte de Francisco II, acaecida el 5 de diciembre de 1560, cambió enteramente la situación (2). De nuevo subió al trono un niño, Carlos IX, de sólo diez años; pero el timón del Estado pasó ahora a las débiles manos de la reina madre, *Catalina de Médicis*.

Esta notable mujer intervino en los destinos de Francia de una manera tan honda como funesta. Tenía todas las buenas cualidades y flaquezas de su familia. Era ingeniosa y amante de la magnificencia y del arte; estaba animada de una incansable actividad; su proceder estuvo siempre dominado por aquella prudencia angustiosamente cautelosa de los Médicis, que era tan característica del hermano de su abuelo, León X. Como este Papa, a quien Catalina se parecía mucho aun exteriormente, era muy irresoluta, y además muy tímida y supersticiosa. Como dócil discípula de Maquiavelo y maestra consumada en la falta de veracidad, no se arredraba, ni aun por el empleo de los medios más reprobables, para mantener su dominio. Con razón se ha dicho, que su astucia no era otra cosa que el constante cambio de medios mezquinos e

convocación de asambleas deliberativas. De un modo análogo piensa Marcks, Coligny, 386. Detenidamente examinó Dembinski la actitud del cardenal Guisa respecto de la Santa Sede en su Memoria sobre las relaciones de Francia con la Santa Sede durante el reinado de Francisco II (v. *Extrait du Bulletin de l'Académie des Sciences de Cracovie*, Février, 1890), pero tampoco pudo aclarar enteramente la oscuridad. Dembinski tomó por base la correspondencia del embajador francés en Roma, Babou de la Bourdaisière, obispo de Angulema (v. **F. franc.*, 16038 y V. Colbert, 343, de la *Biblioteca nacional de París*; la edición que se publicó en 1859 en Reims, es incompleta y con frecuencia inexacta). Cf. ahora también la correspondencia entre Morone y Guisa en Eheses, VIII, 139 s., 186 s.

(1) V. Philippson en la *Historia universal de Flathe*, VII, 363.

(2) V. Ruble, II, 326 s., 354 s., 360 s., 400 s., 413 s., 425 s. La noticia del fallecimiento de Francisco II, que robusteció de nuevo las esperanzas de los calvinistas (v. Marcks, Coligny, 422), no puede afirmarse que no llegó a Roma hasta el 18 de diciembre, como lo hace Sickel (*Concilio*, 153), pues Pío IV, ya el 14 de diciembre, dió el pésame al rey Carlos IX; v. Raynald, 1560, n. 83.

intrigas egoístas. Inútilmente se busca en ella firmeza; podía mudar de parecer tres veces al día. Las disposiciones a medias le eran siempre las más preferidas. Exteriormente se portó por lo general como católica, pero la oposición religiosa no le llegaba muy al corazón. En qué grado estuviera influída por el escepticismo de su paisano Pedro Strozzi, es difícil de establecer; es indudable que subordinaba sin reparo las cuestiones religiosas a los fines políticos. A vista del peligro que amenazaba a Francia por el fanatismo de los hugonotes y la ambición de los Guisas, la regente, ávida de honores y de dominación, que fué siempre considerada como extranjera entre sus vasallos, esperaba conservar su poder del mejor modo posible, manteniendo una política de balancín entre los partidos, adhiriéndose alternativamente a una u otra dirección, echando hoy aceite, como dice Aubigné, y mañana agua en el fuego de las luchas de los partidos, y empeñada siempre en no dejar llegar a una victoria decisiva a ninguna de las direcciones que se combatían, en emplearlas una contra otra y de esta manera dominar (1).

El nuevo gobierno empezó por una reacción contra el predominio anterior de los Guisas, los cuales ahora se apoyaron solamente todavía más en los íntegramente católicos. Condé fué indultado, Navarra recobró la lugartenencia general y Coligny sus anteriores dignidades. Los calvinistas sacaron grandes ventajas del cambio de situación. Ya a fines de enero de 1561 alcanzaron algunas concesiones contra las que protestó el nuncio Gualtiero (2), como la suspensión de todo procedimiento judicial por causa de religión, y la revocación de las penas decretadas. Después del nombramiento de Navarra para lugarteniente general del reino, creyeron poderse considerar ya como dueños del país. Desde Ginebra acudieron numerosos predicantes; pudieron, sin que se les estorbara, combatir y escarnecer la religión católica en París y en otras ciu-

(1) Aubigné, *Hist. univ.*, 1626, I, 141. Sobre la personalidad de Catalina de Médicis v. entre los coetáneos, especialmente las relaciones de los embajadores venecianos Juan Capello (1554), en Albèri, I, 2, 280, Juan Michiel (1561), *ibid.*, I, 3, 433 s., Miguel Soriano (1562), *ibid.*, I, 4, 143 s., Juan Corro (1569), *ibid.*, 202 s. Cf. Bachet, *Dipl. Venet.*, 460 ss., 511 ss.; Soldán, I, 385 s.; Ranke, *Historia de Francia*, I^a, 305 s., V^a, 81 s.; Segesser, I, 54 s.; Ruble, III, 34 s., 175; Schott en la *Revista de Historia universal*, IV (1887), 537 s.; Marcks, Bayona, p. IX, XIII, 7 s., 11; Defrance, *Catherine de Médicis. Ses astrologues et ses magiciens-empoûteurs*, París, 1911.

(2) Cf. Rouble, III, 36; Sustat, I, 171.

dades (1). Pronto se presentaron también en la corte real. Coligny llevó consigo un predicante a Fontainebleau, y Catalina lo toleró; hasta un día llevó al joven rey y a los demás hijos de la regente al sermón de este hereje. El nuncio quiso protestar, pero no se le dió audiencia (2). En atención al peligro de la apostasía de la casa real, Francisco de Guisa y Montmorency olvidaron su antigua enemistad; juntóseles el mariscal de Saint-André. El día de Pascua, 6 de abril de 1561, unieronse estos tres varones para formar la alianza conocida con el nombre de Triunvirato. En vista de esto, Catalina se aproximó todavía más al partido calvinista, el cual no fué sino apoyado en sus intrigas por un edicto de conciliación de 19 de abril. Con creciente disgusto observó Gualtiero la conducta del gobierno, dictada por la debilidad y el temor. Sus verídicas relaciones a Roma fueron designadas por los franceses como excesivamente pesimistas. La situación del nuncio se hacía por efecto de esto cada día más difícil. Llegó a ser de todo en todo insostenible, porque Pío IV se retrajo del proceder riguroso contra el gobierno francés que Gualtiero recomendaba. El político Papa temía ante todo un abierto conflicto con Francia, porque éste había de ponerle en manos del ya tan prepotente monarca español. No por la severidad sino por la bondad se debía ganar a las personas que dirigían la nación. Dado el carácter vacilante de Catalina de Médicis y de Navarra, parecían presentarse por esta vía mejores perspectivas de un cambio de la política religiosa de Francia en favor de los católicos franceses. En mayo de 1561, estaba decidido el relevo de Gualtiero y su sustitución por Próspero Santa Croce, obispo de Kísamo (3).

Pío IV estaba no poco confirmado en su política precavida por la conducta de Navarra, el cual acomodaba su actitud religiosa a sus planes políticos. Todavía en vida de Francisco II, el rey titular de Navarra había enviado a Roma un embajador en la persona de Pedro de Albret, para prestar homenaje al Papa y alcanzar de esta manera su reconocimiento como soberano. En vista de la opo-

(1) El empeoramiento de la situación se ve claro, entre otras cosas, por las relaciones del jesuita Broet a Lafnez; v. Epist. P. Broëti, 158 s., 166 s., 170 s., 172.

(2) V. Ruble, III, 69.

(3) V. Susta, I, 31, 187, 189 s., 191 s. Sobre la correspondencia de Gualtiero con la secretaria privada v. Susta, I, LXXII s. Constant ha tomado a su cargo hacer un trabajo sobre la nunciatura francesa en tiempo de Pío IV.

sición de los españoles, el Papa había diferido mucho tiempo admitir al embajador; pero al fin el 14 de diciembre de 1560 había aceptado la obediencia del rey de Navarra en un consistorio público, celebrado en la Sala Regia (1). Este suceso parece haber sido poco conocido en Francia. Navarra pudo conservar su popularidad con los hugonotes, tanto más cuanto favorecía en secreto sus intrigas. Hizo tan grandes promesas a la reina Isabel de Inglaterra, que ésta confiaba en él como en un seguro aliado. Mas cuando se aproximó la Pascua, el astuto príncipe se retiró a un monasterio; y por Semana Santa recibió en público la sagrada comunión. Juntamente tuvo cuidado de que su proceder católico fuese referido a Roma por el nuncio (2). Al mismo tiempo envió de nuevo al hábil Pedro de Albret a la curia con la esperanza de que éste sería aceptado por Pío IV como embajador ordinario de Navarra; pero esto hubiera sido equivalente a reconocer el Papa sus pretensiones al reino. Cuando Albret llegó a fines de abril a la Ciudad Eterna, encontró allí una situación enteramente trocada, por efecto de la enérgica protesta de Felipe II contra el consistorio de 14 de diciembre de 1560, presentada por Juan de Ayala. Esto obligó a Pío IV a una diestra diplomacia. Mientras se dió a entender que el Papa se abstendría inmediatamente de entremeterse en aquella espinosa cuestión, Albret fue enviado de nuevo a Francia a fines de mayo con un pretexto. Debía hacer esperar a su señor una ocasión mejor, y al mismo tiempo crear ambiente en Francia en favor del envío de un cardenal legado (3).

Para esta difícil misión pareció al Papa ser el hombre a propósito el cardenal Hipólito de Este (4). Este príncipe de la Iglesia, tan ambicioso como rico, por ser tío del duque de Guisa y cuñado de la duquesa viuda Renata, tenía, hacía años, las mejores relaciones en el reino de Francia, donde poseía muchos beneficios eclesiásticos. El constructor de la famosa Villa de Este de Tívoli, era uno de los más esclarecidos personajes del Colegio

(1) Cf. Bondono, 539; Raynald, 1560, n. 85; Ruble, III, 44 s.

(2) V. Ruble, III, 42 s., 46, 130. Cf. Heidenhain, Política de unión de Felipe de Hesse, 181; Susta, I, 190.

(3) V. Susta, I, 190 s. Cf. Ruble, III, 47.

(4) La primera noticia, de que Este había sido elegido para una legación a Francia, la hallé en un *despacho de los embajadores florentinos, de 6 de marzo de 1561, *Archivo público de Florencia*, Medic., 3281.

cardenalicio y ocupaba en él una posición muy importante (1). Era apasionado amigo de las artes y ciencias, y al mismo tiempo, como hijo de Lucrecia Borja, un diplomático de grandes dotes, que conocía con exactitud las cosas de Francia. Participaba enteramente de la adhesión de su casa a Francia; en el último conclave había sido el principal candidato de los entonces omnipotentes Guisas (2), mas ahora estaba del lado de aquellos que tenían en sus manos el gobierno, Catalina de Médicis y el rey de Navarra. Por esto y por el crédito de que gozaba con los franceses, se recomendaba de un modo muy especial para la misión a que estaba destinado (3). Después que Este hubo declarado su prontitud de ánimo para encargarse del cometido en extremo espinoso por razón de la creciente confusión de las circunstancias de Francia, Pío IV ardía en impaciencia por ejecutar su plan. Todavía antes que Albret hubiese arribado a Francia (4), procedió ya el 2 de junio de 1561 a nombrar a Este legado *a latere* (5).

Retardóse sin embargo la partida de Este, parte por las necesarias preparaciones, pues quería él presentarse con grandísimo esplendor, parte también porque se había de esperar la aquiescencia del gobierno francés. En vez de ésta, llegó en la última semana

(1) Cf. sobre él nuestros datos del vol. XI, 174, nota 4. V. también A. Baumgartner, *Historia de la literatura universal*, V, 267.

(2) V. vol. XV, 43.

(3) V. en Susta, I, 191, la memoria compuesta sobre la base de los papeles de Este, que ha sido tomada del Archivo público de Módena. Sobre la influencia de Este en Francia, v. J. Michiel en Albéri, I, 3, 451 s., y sobre su autoridad y reputación en Roma, *ibid.*, II, 4, 143.

(4) V. la *carta de Arco, de 31 de mayo de 1561, *Archivo secreto de Estado de Viena*, y la del cardenal Gonzaga, de 31 de mayo de 1561, en Susta, I, 196. Un *Avviso di Roma de 31 de mayo de 1561 refiere, que aunque el Papa el 27 después del consistorio había caído enfermo, con todo el 29, estando todavía en cama, celebró una congregación a causa del envío de Este. Urb., 1039, p. 278^b, *Biblioteca Vatic.*

(5) *Die lunae 2 Iunii 1561 fuit consistorium secretum in aula Constantini: ...Descendit postea S. Stas ad res Galliae et pluribus rationibus ostendit, in quo malo statu reperirentur, dixitque quod pro honore Dei ac suo officio, ad quod etiam principes christiani eam hortati fuerant, decreverat mittere legatum a latere suo ad illud regnum direxisseque oculos atque mentem in revdom. Ippolitum cardinalem Ferrariensem, virum gravem, probum ac prudentem illiusque regni principibus gratum eumque de omnium rev. dominorum cardinalium consensu legatum ad eas partes deputavit. Acta consist. card. Gambarae, *Bibl. Corsini de Roma*, 40—G—13. Cf. Bondono, 541; Susta, I, 195, 197; la *relación de Fr. Tonina, de 4 de junio de 1561, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

de junio, una relación de Gualtiero del 14 del mismo mes, con la noticia de haber sido convocada la asamblea de los preladados de Francia para el 20 de julio. Aunque el gobierno francés no dejó de hacer declaraciones tranquilizadoras, volvió ahora a presentarse al ánimo de Pío IV el pavoroso espectro de un concilio nacional. Sospechó que el fin que se indicaba, de la asamblea: de conferenciar previamente acerca del concilio ecuménico y deliberar sobre la extinción de las deudas de la corona, no era sino un pretexto. El 26 de junio recibió Gualtiero la orden de hacer todo lo posible para que la asamblea se difiriese por lo menos hasta la llegada de Este; encargábasele que si esto no se podía conseguir, procurase que no se hiciera allí cosa alguna en perjuicio de la religión católica (1). En un consistorio de 27 de junio leyóse la relación del nuncio de Francia, y se vino a opinar que de ella no se podía inferir con entera seguridad el plan de un concilio nacional (2). Con todo eso, aceleróse la partida de Este. Después que hubo recibido la cruz de legado el 27 de junio, salió el 2 de julio de la Ciudad Eterna (3). Su comitiva era tan brillante cual nunca lo había sido tanto la de un príncipe de la Iglesia en los dorados tiempos del Renacimiento. Su séquito contaba más de cuatrocientos jinetes, y una especial capilla de música daba más realce a tanta pompa y magnificencia. Pero Este tomó también consigo varios obispos, así como los mejores canonistas y teólogos de la curia, entre ellos, por particular mandato del Papa, al general de los jesuitas, el P. Laínez (4). Así la restauración católica

(1) Cf. Susta, I, 38-39, 203, 215.

(2) V. *Acta consist. card. Gambarae, *Bibl. Corsini de Roma*, 40—G—13.

(3) Los datos de Bondono (p. 542) son inexactos. Cf. Steinherz, I, 267, 274, y la *carta de Fr. Tonina, fechada en Roma a 2 de julio de 1561: Este ha partido hoy, porque llegaron correos de Francia (*Archivo Gonzaga de Mantua*). El breve a Carlos IX respecto a la legación de Este, con fecha de 28 de junio, se halla en Raynald, 1561, n.º 84; *ibid.*, n. 85 hay los breves a A. de Navarra y Condé. El breve al duque Alfonso, de 28 de junio de 1561, puede verse en el *Archivo público de Módena*, y el dirigido a Renata de Ferrara, en Fontana, II, 562 s. Breves semejantes para el rey y los grandes de Francia, fechados a 28 de junio de 1561, se hallan en las Min. brev., Arm. 44, t. XI, n. 154-177, *Archivo secreto pontificio*. V. También Cibrario, *Lettere*, 59 s.

(4) Cf. Fouqueray, I, 249. Sobre el séquito de Este v. el *Avviso di Roma, de 2 de julio de 1561 (Urb., 1039, *Biblioteca Vatic.*), así como Susta, I, 41 s., 63, 234 y Corpo dipl. Portug., IX, 281 s. A la *relación de Tonina, de 2 de julio de 1561, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*, va adjunta una lista de los que acompañaban a Este.